

La mirada del delito

La luna en su cénit amenazante corona una ciudad encantada. El Sagrado Corazón de Jesús custodia la noche en silencio y desde la distancia. Cuenca duerme.

Una silueta casi indescifrable se cuela ágil entre callejas angostas hasta fundirse en la penumbra que dibujan los arcos de la catedral. No discierno la manera en que logra el acceso, pero siento, cada vez más cercanos, sus pasos multiplicados por el eco del templo. La tenue luz de colores que dibujan las vidrieras hace que distinga una nueva figura, esta vez arrodillada a los pies del altar, vestida con un hábito eclesiástico, envuelta en el vago resplandor de unas velillas colocadas estratégicamente. El hombre, absorto en sus oraciones, parece no haber oído la premura con la que se aproximan a su espalda.

De pronto, silencio. Las dos siluetas se encuentran en la noche. Se funden entre ellas. Los gritos del sacerdote son ahogados con el propio cordón de su casulla que, rodeando su cuello, le arrebató el último suspiro de vida. Intenta resistirse bajo la atenta mirada de los santos de la iglesia, pero su destino es inevitable. Su cuerpo inerte yace ya sobre el gélido suelo rodeado de velillas. Su asesino se persigna y se concede el placer de colocar el cuerpo. Una sonrisa invade su cara.

Despierto. Odio ese sonido tan estridente. Otro día más que tiro al suelo todo lo que hay encima de la mesita en busca del despertador, no me acostumbro a eso de ser ciego...y mira que han pasado más de 20 años. Ya van tres noches soñando la misma pesadilla del asesinato... qué impotencia el no poder ver y ni siquiera poder soñar tranquilo. No me preocupó, habrán vuelto esos terrores nocturnos que tenía de niño. Llamo a mi médica y tan pronto como le cuento este episodio recurrente, se queda muda. Me insiste y pongo la radio. El asesinato del obispo me abruma de repente. Todas y cada una de las emisoras y sus locutores agitados relatan cada minucioso detalle de mi sueño a la perfección. Mi médica me insiste de nuevo y llamo a la policía, que en cuestión de minutos asedia la intimidad de mi casa con todo tipo de personal para tomarme declaración. Lo mismo hacen los periodistas, salvo que tienen menos consideración y a pesar de mi insistencia, ignoran mi invidencia y mi sensibilidad al resto de estímulos. Acabo agotado después de pasarme el día entero atendiendo a la prensa, saliendo en cada medio de comunicación,

resolviendo las dudas de la autoridad, haciendo oídos sordos frente a las críticas de aquellos que dicen que todo es un invento...

El cielo llora y una fuerte tormenta sacude la noche en Cuenca. No se escucha sino el bravo temporal y el estruendo del golpear de la lluvia en los tejados. La gélida corriente se cuele por cada minúscula rendija, cortando el sepulcral silencio del habitáculo. La oscuridad no ha dejado lugar a la luna esta noche y solo un relámpago de vez en cuando se atreve a competir con ella. El olor a mojado envuelve el dormitorio y cierro los ojos, dejando que me invada, deleitando el placer de percibir tan intensamente con el resto de mis sentidos que han ido desarrollándose tanto durante estos años...

Un ligero tintineo me hace volver en mí. Casi imperceptible avanza nervioso y vacilante a través del pasillo. Puedo sentir a cada paso la duda que lo invade y la culpa a sus espaldas... hasta que se detiene ante mí. Noto el peso de sus ojos clavados en los míos, sabe que no puedo ver y aprovecha su superioridad, permitiéndose el privilegio de torturarme por ello.

Súbitamente se abalanza sobre mí. Su pecho contra mi espalda me impide defenderme y un cuchillo amenazante ha dejado de tintinear y me oprime el cuello cada vez más, haciéndome incluso saborear el óxido metálico junto con el amargo sudor de sus manos.

El frío abraza poco a poco mi cuerpo, peleando contra la sangre caliente que brota vertiginosamente de mi garganta. El compás de mis latidos cada vez más lento es el preludio del fin. Caigo al suelo derrotado y deseo que sea otra pesadilla, pero esta vez no. Abro los ojos y todo sigue negro.

“No podía dejar que siguieras soñando con cada uno de mis crímenes”. “Piénsalo, ahora podrás formar parte de ellos”

La falta de sangre hace que oiga su voz ya muy lejana. Pero puedo reconocerla.

Mi médica se persigna y se concede el placer de colocar mi cuerpo inerte. Una sonrisa invade su cara.